y sin embargo triste, contempla las nubes que aprecían desmoronarse un instante sobre el hondo paisaje y espiarlo, curiosas, antes de desvanecerse tras las lanzas inmóviles de los abetos. Y pobre, desnudo, feliz de mi desnudez y de mi pobreza, de reflejar momentáneamente al paisaje como un recuerdo fascinante y terrible en el fondo de mi corazón, seguí subiendo y llegué, llegué al punto en que las nieves de los Alpes me cortaban el camino. Una muchacha lavaba en el torrente, cantando entre las nieves de las montañas blancas. Se volvió, fui bienvenido, me amó aquella noche. Aún perdura sobre el fondo de los Alpes el blanco misterio delicado, se enciende en mi memoria la pureza de la lámpara estrellada, brilla la luz de la noche de amor.

¿Pero qué apresión de los malos sueños pesaba una vez más sobre mi juventud? ¡Oh los besos, los besos vanos de la muchacha que lavaba, lavaba y cantaba en la nieve de los Alpes blanquísimos! (al recordarlo me brotaron lágrimas). Volví a oír el torrente ya lejano: bañaba burbujeante desoladas ciudades antiguas, largas calles silenciosas, desiertas como después de un saqueo. Un calor dorado en la sombra de la estancia presente, una profusa cabellera, un cuerpo que jadea en la noche mística del antiguo animal humano. Dormía la muchacha en el olvido de sus sueños oscuros: como un icono bizantino, como un mito arabesco, blanqueaba al fondo la incierta palidez de la cortina.

Figuraciones de una antiquísima y libre existencia, de grandiosos mitos solares, de matanzas orgiásticas, inundaron mis pensamientos. Volví a ver una antigua imagen, una forma esquelética resucitaba por la fuerza misteriosa de un mito bárbaro; mis ojos, abismo cambiantes animados por linfas oscuras, descubrieron en la tortura de su sueño al cuerpo vulcanizado, con dos manchas de dos agujeros de balas de mosquete en las mamas sin vida. Me pareció escuchar frenéticas guitarras en la cabaña de troncos y lámina, allá entre los baldíos de la ciudad, mientras una vela iluminaba el suelo desnudo. Frente a mí, una fiera matrona me miraba sin pestañear. La luz era escasa sobre el suelo desnudo entre los ásperos rasguidos de guitarra. A mi lado, sobre el tesoro floreciente de una jovencita, prendida a ella como una araña, la vieja parecía ahora susurrarle al oído palabras inaudibles, dulces y envolventes como el viento sin palabras de la Pampa. Me vi asido por la ruda matrona: seguramente la tierra se bebía mi sangre tibia: la luz era ahora más tenue sobre el sueño desnudo, en el hálito metálico de las guitarras. De pronto, liberada, la adolescente exhaló su juventud, lánguida en su gracia huraña, dulce y aguda la mirada abismal. Sobre los hombros de la hermosa salvaje la gracia se hizo lánguida a la sombra de fluidos cabellos, y las augustas crines del árbol de la vida se tramaron en la pausa sobre el suelo desnudo mientras las guitarras invitaban a un sueño lejano. Desde la Pampa, se oyeron claramente los brincos y el piafar de caballos salvajes; claramente se oyó al viento desatarse. El piafar de los caballos se perdió, sordo, en el infinito. En el vano de la puerta, rojas estrellas cálidas brillaron a distancia: la sombra de las salvajes en el sombra.

FRANCISCO HINOJOSA

NIÑO

¡Qué mirada
La criatura asesta de súbito! Ya manda.
Jorge Guillén

Ya me mira:
Tras sus ojos un cristal de sueños lo retira

De este mundo
De cristales ciertos tras los cuales mi desnudo:

Una hora
Es apenas todo el tiempo ajeno y sin memoria

De una vida
Que conoce y siente solamente si respira.

Ya sonríe
Y mi risa lo quiere adivinar: ya decide.